

EL DOMINE LUCAS.

SALE
UNA VEZ
AL MES.

VEINTE
REALES
AL AÑO.



enciclopedia pintoresca universal.

España y los Estrangeros.

V.



o es mi designio trastornar las artes por defender las obras de los españoles. Venero el sagrado fuego del gran Maron, y aplaudo la destreza con que, copiando á Homero hasta en sus defectos, aumentó la divinidad, por decirlo así, al inexacto número de aquel gran padre de la poesía. Mas si los hombres deben apreciar los egemplos por la utilidad, tengo para mí que el que disuade una guerra civil á un pueblo inclinadísimo á ella, no es muy inferior al que magestuosamente ensalza por hazañas heroicas la usurpacion y la perfidia. No sea, en buen hora, poeta épico el jóven Lucano: pero sea el poeta de la verdad: sean sus libros la leccion de los reyes, el escarmiento de la ambicion, el código de la política, y España se satisface con este mérito de su patricio. El destino de esta nacion es el de enseñar en todo, y el de no jactarse de lo que enseña. ¿Por cuán grande hombre no pasaría hoy Lucano, si habiendo sido privado, con nueva é inaudita pena, de la facultad de escribir versos por la cruenta envidia de Neron; habiendo despreciado al tirano con osadía propiamente española; habiendo en fin intentado salvar á Roma de tan nefario monstruo, perdiendo la vida por la felicidad del imperio y de la poesía; hubiera juntado á estas glorias la de no haber nacido del lado de acá de las columnas de Hércules? Se digera entonces que su Farsalia es un portento, atendida la edad que contaba cuando la escribió: que su espíritu es inimitable en la viveza de las sentencias, su pincel en lo espresivo de las imágenes: digérase que sin duda

era genio muy superior al lento de Virgilio, el que en el siglo de la corrupcion de la poesía conservó la grandeza de esta hasta disputar el trono al admirable copiante de Homero, y tuvo suficiente fecundidad para desempeñar originalmente su argumento sin valerse de lo que la decencia llama imitacion, y es en la verdad evidente plágio: digérase que acabando el pueblo romano de experimentar los horribles males que produce la discordia civil, ninguna obra le era mas conveniente ni necesaria, que una viva descripcion, en que animado el terror con la vehemencia enérgica de la poesía, hiciese aborrecible á los ciudadanos la bárbara ceguedad de convertir las armas contra sí mismos.... ¡Infeliz jóven! no te bastó que Neron te sacrificase por excelente poeta: te esperaba todavía la persecucion de los modernos nerones de la literatura.

EL PUERCOESPIN Y LA TORTUGA.

PABULLILLA.

Ufano con las puntas erizadas que en su cerdosa piel áspero cria, de esta manera, razonando á solas, el puercoespín decia: «goce el toro en sus hastas, ó presume de su pata el caballo; ¿qué es su coz comparada con mi pluma (1) cuando con ella furibundo estallo?» La tortuga que oia lo que el taimado puercoespín decia, de cobardía agena asomó por la concha el corvo hocico, y le dijo riendo: «Enhorabuena! pero, amigo, es el chasco que metiéndome yo dentro del casco, no ha de dañarme, aunque se vuelva mico, siendo la sola yo, con tal tesoro, que ni le temo á usted, ni temo al toro, ni la coz del caballo ó del borrico.» Desde que oí la bella leccioncilla que le dió al puercoespín la tortuguilla, cuando algun botarate se me atreve de los que insultan con afan extraño,

(1) Las puas del puercoespín son cañones de pluma segun Buffon.

y con driativas juzga hacerme daño,
y camorra satírica me mueve,
suelo decirle así: «no sea terco,
ni se canse en herir, si bien repara,
que tengo conchas cuando usted dispara,
y soy tortuga impenetrable al puerco.»

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

Fisiología humana.

DE LA ESTATURA.



A especie humana ofrece muchísimas desproporciones de estatura, que dependen algunas veces de la edad y otras veces caracterizan á un individuo en todos los períodos de su vida. En la niñez el tronco es muy voluminoso é igualmente la cabeza que contrasta singularmente con las extremidades eviden-

temente cortas. Al salir de la infancia, al contrario, algunos presentan brazos y piernas de desmedida longitud, con el tronco muy corto y la cabeza pequeña: tales son muchos jóvenes desvaidos, altazos y endebles, á quienes se da el nombre de gambalúas, por que son muy análogos al avestruz y á la grulla.

Vense tambien gentes de brazos largos y caídos y de piernas cortas y zambas, como los monos gibones ó zambos; otros, al contrario, llevan al parecer en zancos un cuerpo menguado y brazos cortos, bien así como el kangaró. Estos, cuando andan, parece que brincan descompasadamente.

Tambien hay individuos de cuello largo con las espaldas rebajadas ó hundidas, lo mismo que los ansares ó el cisne de Leda; los hay lomianchos y recogidos en su baja gordura, de suerte que su cabeza aparece hundida debajo de sus anchos hombros, bien así como en el toro, indicio de fuerza, y á veces fatal pronóstico de constitucion apoplética.

Harto conocidos son el pecho encogido y angostado, y los hombros á guisa de alas de los tísicos; los individuos robustos presentan una caja cuadrada, en la cual se franquean holgadamente sus anchos pulmones; son lujuriosos por temperamento, ordinariamente irascibles pero volubles, y propensos á las aneurismas del corazon y de los vasos mayores.

Generalmente hablando, los individuos mas recogidos son de proporciones mas anchas y recias que los individuos demasiadamente altos, quienes por lo comun son endebles y desvaidos; como que la misma cantidad de materia se halla en unos distribuida diversamente que en otros; con todo el resultado es muy distinto.

El hombre de corta estatura tiene el pulso mas frecuente que el de elevada talla; porque volviendo la sangre con mas prontitud al corazon, los vivientes chicos egercen todas sus funciones con mayor actividad que los grandes. Esto es evidente, si cotejamos el raton con el elefante, el morueco con el toro, el gorrion con el ansar, etc. Así pues los medros se acabalaran antes, la pubertad será mas anticipada, la generacion mas frecuente, el individuo quedará desainado ó consumido en menos tiempo, ó en otras palabras, será su vejez mas temprana; su vida descollará en general con mayor pujanza, pero tambien será mas corta, segun lo acredita la esperiencia, que en las especies grandes; fuera de lo dicho, las enfermedades de los individuos de corta estatura son por lo comun violentas, agudas, intensamente inflamatorias, y sus períodos aparecen igualmente mas egecutivos.

Contrarios efectos se echan de ver en los individuos de estatura alta, desvaida y floja, cuya languidez ó indolencia asoma en todos sus movimientos. Es muy cierto que tan extraordinaria prolongacion de las fibras indica estremada flojedad y humedad, puesto que sin estas circunstancias no adquiriera el cuerpo tanta estension. Por otra parte, la sangre que recorre unos miembros tan distantes del centro, vuelve mas lánguidamente al corazon; así es que el número de pulsaciones es mucho menos frecuente en los gigantes que en los enanos. Tambien es de advertir que el calor animal es muy débil en los individuos altos, porque se halla en demasía desparramado. Siguese de ahí que los tales egercerán todas las operaciones de la vida con lentitud y flojedad; y mientras que los hombres pequeños manifiestan sobrada desenvoltura, vemos que los altos no piensan y no se animan hasta una hora despues que recibieron la primera impresion; de ahí dimanar la índole desidiosa, la sencillez y el candor que distinguen á los hombres altos y gruesos. Los antiguos emperadores romanos formaron una guardia de Helvecios y Germanos de altísima estatura; porque sin duda habian notado que estos hombres rubios y de descomunal talla y corpulencia eran de escelente pasta, incapaces de dar oido á la traicion, y fielmente adictos al que les paga y no les escasea el mantenimiento. Por otra parte, su bella presencia y sus robustos hombros daban realce á la pompa militar y brillo en las paradas, é imponian respeto á la muchedumbre. Con todo ya ha probado la esperiencia que las estaturas medianas muestran en las batallas mayor pujanza y ardimiento; por cuanto aquellos cuerpos desmesurados de los septentrionales se derriten como la nieve, segun ya decian César y Vejecio, en los climas cálidos, cuando se les manda la menor evolucion militar.

Fuera de esto, los individuos de alta estatura tienen la pubertad tardía; y como vegetan mas que viven, gustan del reposo y del sueño y permanecen agenos de todo impulso arrebatado, dilatan ordinariamente su vida mas que los hombres pequeños. Tampoco despuntan sus enfermedades con un caracter tan agudo é inflamatorio; bien que por otra parte suelen acosarlos mas que á los otros dolencias crónicas de trabajosa curacion y de crisis desconcertada.

DESTELLO.

A mi amigo D. Eulogio Florentino Sanz.

(AL EMBESTIR.)

Cuando suelto la rienda á mi caballo
Y alas le pido al viento,
Salta la lumbre y bajo el férreo callo
Retiembla el pavimento.

He roto ya una lanza en la muralla,
Con sangre el campo humea:
Ante el solemne horror de la batalla
Mi espada centellea.

Ladrad, canes, ladrad!—Yo, en vuestra frente
Clavando el ancho escudo,
Al son del trueno, en mi alazan valiente
Caeré con golpe rudo.

Paso! yo voy!—Ensordecido el monte
Retumbe mi amenaza.
Veis?... Ese sol, sangriento en su horizonte,
Relumbra en mi coraza.

¡Ay del que, á la honda voz de su ardimiento,
El hierro, audaz, blanda
Y, en pos del rayo, en su furor violento,
Se lanza en la pelea!

¡Yo basto á hundir la colosal muralla
Do su pendon tremola!...
¿No ha de ceñirme el triunfo en la batalla
Con su brillante aureola?

La hirviente faz, con los escombros rota,
Resuena el ancha tierra.
Guay!—Ya á los vientos deslumbrando flota
Mi pabellon de guerra.

FRANCISCO CEA.

TEUDISELO U TEODISCLO.



A traicion cometida por Teudiselo, vendiendo á los franceses del ejército de Childeberto la fuga y libertad en las angosturas de los Pirineos, tan en perjuicio de los godos y del soberano á quien servia, podia haberles dado á conocer la bajeza de su espíritu, haciéndoles ver cuán á propósito era para la dignidad real, quien carecia de la nobleza de ánimo necesaria para despreciar los intereses privados en tanto daño de los públicos: pues habia manchado su conducta y fama con una especie de felonía tan reprehensible.

Con todo eso, ó fuese que la cautela y reserva con que efectuó aquel trato estorbó que trascendiese al comun de aquella nacion, ó que él se hubiese sabido formar un partido superior al que pudiese reclamar estas nulidades, ó que lo ilustre de su sangre, siendo sobrino de Totila rey de los ostrogodos en Italia, alucinase á muchos, como no pocas veces sucede, fué proclamado rey luego que se verificó la infeliz muerte de Teudio.

Y como no hay cosa mas cierta, que los vicios por un secreto magnetismo se atraen y encadenan unos con otros; apenas ascendió al trono, cuando, juzgándose en aquel alto lugar esento de la censura pública, empezó á descubrir que no estaban en su corazon sin compañeros los vicios de la avaricia y ambicion que habia manifestado anteriormente, hallándose en el estado de particular.

Atropellados los respetos debidos al sagrado lazo de los matrimonios, no solo manchaba con la mayor publicidad y ostentacion los tálamos de los mas nobles y distinguidos vasallos de su reino, sino que uniendo á su lascivia abominable la mas sanguinaria crueldad, ó mandaba dar muerte á los infelices que se veian en la miserable situacion de defender unos derechos tan justos contra la violencia de su tiranía, ó descendia al bajo artificio de hacerlos acusar por pagados delatores, como reos de atroces delitos; creyendo así disimular su desenfreno, ó pensando acrecentar con la calumnia la pena de los que honradamente habian resistido á sus torpes designios. Tiempos infelices en que no solo no se respeta la virtud, sino que

se buscan arbitrios para hacerla pasar en público por delincuente.

Estas abominaciones repetidas, con el desenfreno á que daba lugar el considerarse exento de reconvencion y residencia, ostigaron de tal modo á aquellos mismos que se habian unido al principio inconsideradamente para elevarle al trono, que se juzgaron obligados á satisfacer á las familias desgraciadas que habian sido víctimas de su lascivia, y al resto de la nacion que ciegamente habia deferido al capricho de los mas poderosos en su eleccion.

Para el logro de este designio dió ocasion oportuna el mismo desórden en que el rey vivia. Los banquetes le usurpaban gran parte del tiempo, y de ellos sacaba siempre incentivos para su mas dominante vicio. En una noche, pues, en que celebraba acaso la mas opípara de sus embriagueces, asistido de sus favorecidos y privados, apagando estos de repente las luces, temiendo sin duda la justa reconvencion que podia Teudiselo hacerles al ver que le acometian aquellos mismos que habian hecho el mayor empeño para darle el reino, le dieron muerte á puñaladas pensando lavar con su sangre las manchas que su incontinencia habia echado sobre la mas pura nobleza de aquella nacion.

Su reinado fué de corta duracion, pues se coronó en la Era 586, año 548, y murió en Sevilla en la Era 587, año 549, no habiendo gozado la corona mas de diez y ocho meses, aunque algunos le señalan diez y seis.

¡UNA NOTABILIDAD!

Sepa toda la ciudad
¡Oh fortuna!
que me he casado con una
Notabilidad.

Resuelto á entrar en el gremio,
un día en una tertulia
me enamoré sin proemio
de la interesante Julia.

Nadie culpará mi gusto,
porque Julia es un portento.
Además del bello busto,
¡qué donaire y qué talento!

Pues, ¡digo! ¿y su calidad
solariega?
Desciende de palaciega
Notabilidad.

Y para bordar cogines
¡qué primor el de su mano!
y cuando canta al piano
la envidian los serafines.

A penas al suelo toca
su lindo pié cuando valsa,
¡y tiene en aquella boca
un gracejo y una salsa....!

Y aquella amabilidad,
aquel modo....
Ella es en todo y por todo
Notabilidad.

Al cabo de un mes,—no tuve
arbitrio de hacerlo antes:
me lo estorbaba una nube
de moscones elegantes.—

A la vuelta del teatro
la declaré mi pasión.
Por cierto que mas de cuatro
me envidiaron la ocasion.

Es claro; rivalidad
nunca falta
cuando se trata de una alta
Notabilidad....

A mis frases cariñosas
por toda respuesta da:
Caballero, yo.... Esas cosas
se han de tratar con mamá.—

Y dado que la convenza,
repliqué, ¿podrá mi llama....—
¡Jesus! me da una vergüenza....
volvió á decirme la dama.

Mi corazon, en verdad,
no es de roble,
mas ¡la hija de una noble
Notabilidad....!

Acudo á la madre, pues,
con la propuesta de usanza,
y la aceptó Doña Inés

contra toda mi esperanza,
Y es que de reyes no vengo,
y soy feo, ¡doble afrenta!
mas supo mamá que tengo
treinta mil duros de renta;
Y con esa cantidad
un vestigio
es tambien en este siglo
Notabilidad.

No faltó quien á mi bella
acusase de perfidia.
Yo, bendiciendo mi estrella,
clamaba: ¡chismes! ¡envidia!
Tuve empero un desafío
por ella, y sufrí un pinchazo.
¡Válgate Dios, dueño mio,
dige vendándome el brazo!

Es una calamidad
tu hermosura.
¡Cuánto cuesta una futura
Notabilidad!

Curado, al fin, de mi chirlo,
esperé casarme.... á escote;
mas con dulzura de mirlo
dijo Doña Inés: no hay dote.
¿Lo ha menester, Dios eterno,
su atractivo y su nobleza?
Vístela, dichoso yerno,
de los pies á la cabeza.

Ni el tesoro de Bagdad
es bastante
para comprar semejante
Notabilidad.

¿Qué habia de hacer? Mi pecho
ardía como una fragua....
Dígame para mí: esto es hecho;
casémonos; ¡pecho al agua!
¡Y daba yo cada brinco
de gozo.... ¿Quién se incomoda
los cuatro días ó cinco
que dura el pan de la boda?

Mas pronto ¡oh fatalidad!
¡oh desdicha!
Víctima fui de la dicha
Notabilidad.

¿Qué terrible menoscabo
en mi dinero, en mis bienes....!
¡Y me llamaba indio bravo
si escatimaba sus trenes!
Y si osaba poner coto
á sus instintos soberbios,
¡qué clamores! ¡qué alboroto!
¡qué convulsiones de nervios!

Porque de esa enfermedad
no se exime
quien blasona de sublime
Notabilidad.

Palco diario— ¡yo gimo!
para ópera y minué;
y se sentaba su primo;
¡y yo me estaba de pié!
Ya se ve; no hallaba dónde
aunque sentarme quisiera;
y, además, su primo es conde
y yo soy de baja esfera.

Es falta de urbanidad
que uno mande
en presencia de tan grande
Notabilidad.

Al tocador de Julieta
asistía el susodicho.
¿Era esto ser coqueta,
ó un inocente capricho?

Mas, aunque él entraba allí
francamente á cualquier hora,
solian decirme á mí:
no recibe la señora.

¿Qué tal, amigos? ¡Tomad
por consorte
una á quien llame la corte
Notabilidad!

Pronto Julia en pena negra
cambió mi amante delirio,
y no hay decir si la suegra
contribuyó á mi martirio.

Renegando del consorcio
en romperle me deleito:
pongo pleito de divorcio
¡y pierdo costas y pleito!

¿Qué discreta autoridad
atropella
á tan ilustre y tan bella
Notabilidad?

Tanta injusticia me quema,
y tanto el primo me abrasa,
que acudo á la estratagemma....
de fugarme de mi casa;

Mas por que no me persiga
y me ponga una querella
mi dulce y *notable* amiga,
hago un contrato con ella.

Y dándola por mitad
mis monedas,
¡adios! la digo. ¡Abi te quedas
Notabilidad!

¡Feliz tú, oh Fabio, que gozas
de independencia en amores,
y así varias de mozas
como la abeja de flores!

Para que un día no pases
mas que Jesus en el huerto,
¡no te cases, no te cases!
¡*Experto crede Roberto!*

O si entrar en la hermandad
es tu luna,
no te cases con ninguna
Notabilidad.

M. BRETON DE LOS HERREROS.

EL ROPAVEJERO.



Y aquí un tipo verdaderamente español, el *ropavejero*.—Y no es que no haya quien egerza tan honrosa profesion en países estraños, sino que las precedencias madrileñas tienen un carácter particular, por la concurrencia de circunstancias locales que contribuyen á rellenar sus ámbitos, lo mismo con los desperdicios del cesante y de la muger prostituida, que con los derechos del magnate y la matrona del gran mundo. Pasad si no la vista por el cuadro que ofrecen los infinitos *ropavejeros* que pueblan el Rastro de esta corte, y decidnos si en aquel rostro, ora macilento ó alegre, pero siempre pensador ó sarcástico, no encontráis un sello particular de inteligencia; decidnos si en aquella mirada fija ó incierta, segun la conveniencia del momento, no encontráis la filosofía de una profesion, en cuyo egercicio aprenden los hombres mas que en las aulas de nuestros colegios, ó en las cátedras de nuestras universidades. Los *ropavejeros* son el centro comun de las desgracias de la humanidad, donde van á estrellarse todas las niñerías, todas las calaveradas, todos los deslices, todas las pasiones, todos los crímenes del hombre. Y como, segun el vulgar axioma, en las desgracias es donde mas se aprende, el *ropavejero* que se egercita con todos los desgraciados de la corte, aprende los mas recónditos secretos del corazon humano; así que no titubearémos un momento en darle el dictado de filósofo por esencia. Convencidos, pues, en que puede con justicia ser aplicado este título al *ropavejero* español, deduciremos sencillamente la verdad de lo que íbamos diciendo al comenzar este bosquejo, que era el de un tipo verdaderamente nacional; porque aun cuando las pasiones y los vicios sean comunes en el globo, tienen en cada país un colorido particular que los distingue. En Francia por egemplo un *ropavejero* no suele dar por lo comun mas que con espíritus vulgares, con gente sándia, que se deshace con la mejor buena fé de cualquiera prenda de su uso ó de cualquiera alhaja, por una necesidad que no encierra ningún misterio, si es que no lo hace por espíritu mercantil, por utilizarse de cosas que no han de prestarle ya otro servicio. Los españoles, ya que otra cosa no conservemos, poseemos esos arranques de generosidad que tan ventajosamente nos caracterizan. Cuando nuestros vestidos se reducen al estado de inservibles, los destinamos á los pobres ó los regalamos á nuestros domésticos, sin acordarnos nunca de que puedan todavía ser materia de un contrato. Así pues, cuando una prenda de vestir, una alhaja, un libro, se presentan en la oficina de uno de nuestros *ropavejeros*, este paso encierra siempre una escena de pasion, honda y palpitante. Puede suceder fácilmente que esta venta no abrigue otro misterio que una simple necesidad, ó la satisfaccion de un capricho sin trascendencia, pero las mas de las veces acontece lo contrario.

Por lo demas, el sugeto de nuestro tipo es un hombre de una vida tranquila y sedentaria al parecer, y que tiene muchos puntos de analogía con el usurero, cuyas costumbres imitan con la mayor escrupulosidad. A semejanza de su original, el *ropavejero* vive solo en una buardilla, donde guarda con el mayor afán el fruto de sus constantes vigilias, y no será estraño que, despues de su muerte, encuentren sus albaceas algunos centenares de medallas aureas de Fernando VI ó Carlos III, sepultadas en el pavimento de su tugurio, ó entre las disimuladas costuras del mas sórdido de sus guñapos; porque el *ropavejero* es un hombre que tiene el sobrado talento para formar un capital con las miserias de sus prógimos. Antiguo veterano, y actor inutilizado en la primera parte del interminable y sangriento drama de nuestra revolucion, la guerra de la independencia, ha creído, no sin fundamento, que sacaria mejor partido viviendo en su buardilla del Rastro con sus trapos viejos y sus *cachivaches*, que no encerrándose en el cuartel de inválidos de Atocha. El recuerdo de sus pasadas glorias le ha dado sobrado orgullo para no consentir que su existencia penda de la caridad pública, y confiado en las lecciones de la esperiencia y en su instinto económico, ha dado principio á su especulacion, sino con tanto entusiasmo como la mayor parte de los deslumbrados accionistas de minas de nuestros días, con mas probabilidades de buen

éxito. Toda su fé estriba en la lima sorda de su paciencia, y á manera de la cazadora araña, tiende sus redes en el miserable portaluco que ha escogido, y donde irán á contribuir de seguro el *visoño* recluta con las galas que trajo de su aldea, los *enfermeros* de los hospitales con los residuos de mil pacientes, y los *imperfectos enterradores* con los despojos postreros de todas las categorías sociales. La estupidez de los unos, la necesidad de otros y el método de adquisicion de muchos, hace que el *ropavejero* pueda comprar fácilmente lo que ha de vender despues por un precio centuplicado. Verdad es que no deja de tener sus quiebras este oficio, como lo atestiguan las paredes de sus tiendas atestadas de curiosas antigüedades; mas sin embargo, aun de estos géneros sin salida saca un gran provecho el diestro *ropavejero* en una época determinada del año: el carnaval. Allí asiste toda la chusma del barrio con bulliciosa algazara, y allí dá principio la bacanal estrepitosa que inunda las calles de la capital en semejantes dias, como un río que sale de madre. No hay tontillo ni cofia que venga mal á las descocadas Mesalinas del populacho. Toda la hez de los barrios bajos despoja entonces las prenderias, y se arroja al centro de la corte dando rugidos espantosos. El *ropavejero* queda solo en su tienda meditando en las locuras humanas, y sumando maravedí por maravedí todos los que han de reproducirle aquellos dias de vértigo y de crápula universal.

Otra de las principales cualidades que distinguen á nuestro tipo es la prudencia y el sigilo. El sabe muy bien donde están establecidos todos los garitos y casas de prostitucion, pero no hay que temer que los descubra, porque contempla en ellos los mejores elementos para ejercer su industria. La táctica del *ropavejero* consiste en estarse quieto, dejando que obren los demas. Bien puede un conspirador perseguido de cerca confiarse al *ropavejero*, porque este sin aparentar las sospechas que desde luego concibe le presentará las prendas mas á propósito para su objeto: el zanquilargo leviton, el cuarteado sombrero de alas inmensas, las gafas verdes, todo lo adivinará su prevision y lo presentará, como si tal cosa, al fautor de pronunciamientos y motines. Inventor que no distinguirá de matices políticos, pues al que por fortuna se encuentra sin él, al que no se ha enfangado en el inmundo cieno de nuestras reyertas políticas, tanto le importa vestir al negro como al blanco. Es cierto que la filosofía del *ropavejero* en semejante caso no es puramente humanitaria, pues redundando tal conducta en su provecho, tiene una razonable dosis de egoismo. Pero pensando imparcialmente ¿cuál de nuestras acciones, buenas ó malas, no se encuentra dirigida por ese resorte que, aunque invisible á veces, obra constantemente con nosotros? Apreciemos pues las acciones por lo que son en sí, y dejemos para los imprudentes la averiguacion del móvil que las ocasiona.

Hemos dicho que el *ropavejero* es filósofo por esencia, y la prueba de esta verdad puede encontrarla cualquiera colocándose en su puesto momentáneamente. Vosotros los que buscaís en lecturas pasajeras historias que os hagan estremecer ó cuadros lastimosos que arranquen lágrimas de vuestros párpados, entrad en la tienda de un *ropavejero* y poneos en su lugar. No os estremezcáis al ver acercarse á vosotros ese hombre repugnante de mirada feroz y estúpida: no le mireis fijamente al rostro, porque temerá ser descubierto y no se arrinconará á la preñeria. ¡Silencio! ya le tenemos aquí presentándonos un reloj y dos sortijas. ¿Sabeis como ese hombre ha adquirido esas alhajas? Pues bien, os lo contaré brevemente. La noche pasada han encontrado tendido á la puerta de su casa á un respetable padre de familia. Le habian dado una puñalada en el corazon. Hé aquí la historia del hombre de la preñeria.

¿Veis esta niña tan interesante que esconde sus lindas facciones bajo un velo liso empolvado y hecho trizas, que camina con incertidumbre y como con miedo, y que enjuga una lágrima y oscurece un momento sus brillantes ojos azules? Pues es hija de uno que fué empleado y despues cesante, y que ha muerto de miseria últimamente porque desempeñó su destino con honradez. El gobierno le debe algunas pagas y le ha dejado morir de hambre. Su esposa se halla tambien á las puertas del sepulcro, y su hija, despues de apurar el trabajo de sus manos, ha vendido sus vestidos, lo ha vendido todo menos su honor. Reparada con atencion: os presenta su último despojo, la mejor joya que le ha quedado; un pobre pañuelo de la India; y os le entregará por cualquiera cosa, porque los momentos son preciosos y su madre está á punto de fallecer. ¡Ah! esta niña es el reverso del hombre del reloj y de las sortijas; aquel no tenia mas que unas cuantas palabras duras para hacer su negocio. La jóven del pañuelo de la India contará con ingenuidad al *ropavejero* su lamentable historia, y hará resaltar en sus candorosos acentos toda la dulzura y melancolía de un corazon tierno que no ha latido en el mundo mas que por la desventura. Pero mirad al hombre que la escucha: no dará la mas pequeña señal de estremecerse, porque está meditando el modo de sacar el mejor partido posible de la desgracia de aquella blanda niña. El *ropavejero* es el confidente de algunas Celestinas del barrio, y como no es la vez primera que aquella interesante jóven se ha presentado á sus ojos, ha calculado que puede especular con ella mas ventajosamente que lo ha hecho con todas sus galas. Apartemos la vista de un cuadro que empezó á bosquejar un ministro injusto, y en que da la última pincelada la seducccion triunfando de la necesidad. Este no es el siglo de las Porcias y las Lucrecias.

La escena que nos aguarda es mas animada todavia: contemplemos con atencion á la maja que se nos presenta, con un historiado *marse-lle* en la mano, rebotando de alegría y descaro por todas sus coyunturas. ¿Sabeis lo que vende esta muger? Un regalo que hace pocos dias hizo á su marido otra de la misma calaña. Y ¿sabeis para qué le vende? Para llevar á los toros al *chulillo* que la aguarda en la esquina inmediata. No se para mucho en el valor de su mercancía: en sacando para dos tendidos, el alquiler de la calesa y unos cuartos para las avellanas ó naranjas de costumbre, está hecho, como ellas dicen, el *avio*. Esta aventura se desenlaza con la solfa nocturna que suele el marido ensayar en sus espaldas.

¡Hola! ¡hola! tambien parece que los niños se descuelgan á hacer su visita al *ropavejero*. Efectivamente. Ved con qué cautela se acerca aquel rapaz, que no parece sino que su padre le viene siguiendo las pisadas. Es un alumno del colegio de humanidades inmediato, que en lugar de asistir al aula, se escurre bonitamente y como quien no quiere la cosa á un villar no distante la mayor parte de los dias á dar su leccioncita de villa y carambola con otros cuantos galopinzuolos como él. Hoy no ha podido abrir la cómoda ó el cofre de su madre, ni coger, sin que se perciba, los pantalones de su padre al tiempo de darle los buenos dias, para extraer de ellos la monedilla de costumbre. Por eso es preciso vender el primer tomo de autores latinos, que le recibe el *ropavejero* de muy buen grado, porque así completa una coleccion con los que otros compañeros del rapaz le han vendido en los dias anteriores, por causas idénticas ó parecidas.

Aquel galancete que asoma por allí tambien viene á presentarse al *ropavejero*. Reparemos lo que nos trae. ¡Un retrato! ¡Qué perfil tan bello y tan acabado nos presenta! ¿Quereis saber de quién es esta alhaja? pues continuad en la tienda algunos dias y vereis el menos pensado desmayarse en ella alguna Dulcinea, cuyas facciones tal vez no os serán desconocidas, al grito de *¡pérfido Alfredo!* ú otro semejante. ¡Qué ha de hacer una jóven de ideas romancescas, sino desmayarse al vislumbrar una de sus prendas de amor figurando entre los peluquines y las casacas de nuestros abuelos! Y despues de estos vendrán en procesion una viuda, un esclaustrado, una ramera, un cesante, un jugador, con sus rostros cadavéricos y desencajados, por el vicio unos, por la miseria todos. El *ropavejero* sin embargo asistirá con faz risueña al espectáculo repugnante de tanta calamidad reunida, y allí tendrá por fuerza que aprender infinita filosofía.

Pero á tanta costa no queremos la ciencia; apartémonos, pues, de tan fatal teatro, pidiendo al cielo que nos liberte de representar en él cualquiera de sus escenas lamentables.

GERÓNIMO MORAN.

Un lance de honor.



Miranda.

MASSETI C.

El desafio reñido, que aquí presencian ustedes, dejó á la pobre Mercedes sin galan y sin marido.

Que entre gente encopetada y caballeros de nervio, dice un antiguo proverbio, la mejor razon, la espada.

Y si en los lances de honor, segun me ha dicho mi suegro, se da la razon á un negro como quede vencedor,

Díganme ustedes por Dios ¿quién tuvo razon, señores, quedando entrambos á dos vencidos y vencedores?

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.





RAN satisfaccion ha tenido el DÓMINE LUCAS en la adquisicion de esta leyenda, en la que su autor, el festivo y satírico escritor de LA RISA y otras publicaciones del mismo género, manifiesta de lo que es capaz su talento. Conocido y apreciado el Sr. Ribot en España por sus composiciones anteriores, no nos detendremos á hacer un análisis de sus trabajos, que el público ha juzgado ya, y cuyo homenaje de sincero cariño reservamos para cuando este aventajado poeta nos favorezca con una coleccion de sus obras. Cumpliremos hoy un deber no solo de amigos, que nos honramos de que el Sr. Ribot nos tenga por tales, sino de jueces imparciales, al recomendar el poemita que á continuacion insertamos, tanto mas cuanto que esta ocasion nos proporciona el medio de censura á los que debiendo tender una mano protectora á la juventud laboriosa, parece que se complacen en abatirla, favoreciendo únicamente á determinado número de personas, ya por pertenecer á una pandilla política, como si esto tuviera aplicacion en cuestiones literarias, ya por otras causas menos nobles.

Decimos esto porque tenemos entendido que el Sr. Ribot, al venir á Madrid, no conociendo el terreno que pisaba, y juzgando por su corazon el de todos, presentó la *leyenda* de que vamos hablando al Liceo Artístico y Literario, para optar á uno de los premios florales que da de vez en cuando esta sociedad. Sucedió mas de lo que era de esperar; porque si hubiera habido competencia literaria, ciertos estamos de que el premio no seria nunca de Ribot ni de otro que se le pareciera en antecedentes, conociendo como conocemos los de los censores del Liceo. Pero rayó mas alta la injusticia: á un autor de los no afiliados en la bandera de los manipulantes, era poco hacerle un desaire si con el desaire no iba mezclado el agravio, y en efecto por agravio reputamos el desaire que los liceistas hicieron al Sr. Ribot. La única composicion que se presentó para el premio floral, en la parte poética, fué, *D. Juan de Lanuza*, y sin embargo se repartieron las flores segun costumbre á los que habian trabajado en declamacion, música, pintura, etc. y la que debió darse á la poesía por no concederla á Ribot se regaló á la primera señorita que se puso por medio. Era mas disculpable la parcialidad de los que tal hicieron, cuando entre dos ó mas composiciones se inclinaban en favor de algunos de sus adeptos; pero no habiendo otra obra en competencia con esta, que si no está exenta de defectos, tiene no pocas bellezas que los eclipsan, negarla el premio á que era tan acreedora, permítasenos decir que fué una insigne villanía. Si el Sr. Ribot se hubiera aconsejado del que estos renglones escribe, no hubiera dado un paso tan infructuoso para todos los que son independientes como él, porque la amarga experiencia nos ha hecho conocer «entre qué gente vivimos.»

Creemos que el público juzgará como se merece esta *leyenda* que por ser algo larga sentimos no poder insertar de una sola vez. La riqueza en las imágenes, la gala en las descripciones y la entonacion ora caballeresca, ora épica, pero siempre robusta y sostenida, son dotes recomendables en la leyenda del Sr. Ribot. Si á esto se agrega la fluidez y la naturalidad en la versificacion que tanto caracterizan sus obras, aunque haya tal ó cual descuido de forma, medido con todo el rigorismo quijotesco de los clásicos, ¿quién no conoce que el *D. Juan de Lanuza* no es composicion digna de un desaire?

Bien conocemos que algunos de los que debian dar su voto acerca de esta bella composicion, podian tal vez considerarse aludidos en algunas de las ideas que en ella se vierten; pero ¿es esto culpa del poeta? ¿Es culpa del poeta que las circunstancias de la época á que la *leyenda* se refiere, guarden alguna analogia con las de la época actual? El señor Ribot se ha casi estrictamente ceñido á la exactitud histórica, y si entre los tiempos de *D. Juan de Lanuza* y los actuales se observan algunos puntos de contacto, poco diestros anduvieron los señores del Liceo en hacer en la época actual objeto de una leyenda al desgraciado Justicia de Aragon.

Pero prescindamos de la causa del desaire, y demos el parabien al Sr. Ribot, que si un mezquino espíritu de pandillage no le ha dejado obtener el premio, puede quedarle la satisfaccion de haberle merecido.

JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

D. JUAN DE LANUZA, JUSTICIA MAYOR DE ARAGON.

Leyenda.

I.

Temán los privados, temán
de los tronos los reflejos,
porque alumbran desde lejos,
pero de muy cerca queman.
Y el que con ansiedad terca
busca del rey las privanzas,
se rodea de asechanzas
y de peligros se cerca.
Antonio Perez, valido
de la augusta magestad,
cuya férrea voluntad
jamás el llanto ha torcido;
ministro de un rey que brilla
como nunca brilló un rey,
pues al orbe impone ley
con los tercios de Castilla;
envidias escita, y luego

con su privanza provoca
las calumnias que en la boca
tiene siempre el palaciego.
Terribles sus brios son,
pero Felipe segundo,
de carácter iracundo
y acerado corazon,
con solo un dedo le abruma
si sobre él un dedo sienta,
y con un soplo si alienta
le deshace como espuma.
Entre soberbios tapices
pasó ayer horas de gozo,
y hoy cuenta en un calabozo
sus instantes infelices.

Cual reo de estado preso,
le aguarda muy dura suerte;
pero el temor á la muerte
su ingenio aguza travieso.
Desde su lóbrega estancia
pronta evasion se procura,
y burla su travesura
de todos la vigilancia.
Calatayud le da asilo,
mas su suerte es tan ingrata,
que ni en sagrado Zapata
quiere dejarle tranquilo.
Zapata gentes levanta
pagadas á sus espensas,
mas, vanas son sus ofensas,
que sus cálculos quebranta
Juan de Luna, que es señor
de Purroy, de donde saca
cuarenta hombres con que ataca
al despiadado agresor.
Preso dos dias despues
y á Zaragoza llevado,
en la cárcel visitado
Perez de los nobles es;
y bien pronto su elocuencia
y su estilo cortesano
del pueblo zaragozano
le dan la benevolencia.
De Bearne con la princesa
mantuvo un trato fatal,
y por esto al tribunal
del Santo Oficio le pesa
en la Manifestacion
verle, pues es su deseo
en las mazmorras al reo
hundir de la Inquisicion.
Del infeliz se apoderan
los crueles inquisidores,
que apacentar sus furors
en el desdichado esperan.
El pueblo indignado brama,
y de venganza sediento,
se arma luego y turbulento
á Antonio Perez reclama.
A manera de turbien
ó de mar que el viento irrita,
feroz murmura y se agita,
y amagos sus gritos son.
Cuesta al Santo Oficio cara
su crueldad inoportuna,
que el pueblo se desayuna
con la sangre de Almenara.
Los inquisidores buyen
al invadir sus hogares
las mil turbas populares
que cuanto tocan destruyen,
y que cobran desarrollo,
y que hierven afanosas,
cual las olas borrascosas
al rededor de un escollo.
Los inquisidores ceden
del pueblo á las exigencias,
porque temen sus violencias,
y resistirlas no pueden.
Mas no por esto abandonan
los temerarios su empresa,
que aunque perdieron la presa
recuperarla ambicionan.

El tumulto se aplacó,
y mientras del campo dueño
todo el pueblo tomó sueño
sobre el laurel que alcanzó,
imprudentes magistrados
de nuevo á Perez prendieron,
y al tribunal le volvieron
de su escolta acompañados.
Gil de Mesa, que el primero
esta triste nueva supo,
aparece con un grupo
de zaragozanos fiero,
que le escucha con afán,
y se embravece á su voz,

como el piélago al feroz
impulso de un huracán.
En la voz del orador
furor y venganza bebe
toda la sangrienta plebe,
que forma un sordo rumor,
una algaravía ingrata,
un murmullo que da miedo,
y del arco de Toledo
la bóveda lo dilata.
Nadie á contener alcanza
el ímpetu de la gente
que, á manera de un torrente,
hacia la cárcel avanza;
y al llegar «no mas traidores»
va gritando furibunda,
y en muy poco tiempo inunda
el átrio y los corredores.
Ninguno la puerta atranca
de la cárcel, resistencia
nadie opone á la violencia
que de ella á Perez arranca.
Puesto el preso en libertad,
es vitoreado, y despues
bajo el pabellon frances
va á buscar seguridad;
pues temiendo otra refriega
en su patria, pide al cielo
le conceda extraño suelo
la paz que el natal le niega.
Que del furor se emancipe
del rey desea Aragon,
mas ¡ay! ¡cuán terribles son
las venganzas de Felipe!

(Se continuará.)

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

Cuento epigramático.

Una manola muy fea
dijo á un torero, algo mas:
—Vaya V. con Dio, gormoso.
Vuelve el chulo cara atrás,
y entendiendo que era pulla,
viendo á su imagen, su igual,
la contestó sonriendo:
—Sobre que siento, á fé e Blas,
no poerte icir otro tanto;
con que, agur..... y naa mas.
Puesta en jarras la manola
repuso con brevedad:
—Pus mienta osté como yo
só..... estampa e Satanas..

JOSÉ SEGUNDO FLOREZ.

PALMETAS.

EL DÓMINE LUCAS Y CARTAPACIO.

DIÁLOGO V.

Cartapacio. ¡Y me sale usted luego con que en España no se lee! Para convencerse de lo contrario no hay mas que ver las obras que se publican. Diez Judios errantes se traducen á un tiempo.

Dómine Lucas. Lo que eso prueba es que en España se escribe, ó mejor diremos se disparata mucho desde que todo se imprime, y que los escritores están por lo errante.

Cartapacio. Sobre que se me ha entrado en el magin la idea de meterme á escritor é impresor todo en una pieza.

Dómine Lucas. ¿Y le parece á usted fácil eso?

Cartapacio. ¡Toma si lo es! Sin calentarse la mollera puede uno enriquecerse, como hacen mas de cuatro tagarotes que en su vida las han visto mas gordas.

Dómine Lucas. ¿Pues que hacen esos trufaldines?

Cartapacio. ¡Abí es nada lo del ojo! Puede decirse que andan á caza de gangas, aprovechándose de agenos pensamientos. ¿Tiene aceptacion una obra cualquiera de otra imprenta? Publícanla mas barata y Cristo con todos.

Dómine Lucas. Esa es poca delicadeza, señor CARTAPACIO, y aun así, solo podria egecutarse con obras anti-

guas ó traducciones; pero no con pensamientos originales de otros.

Cartapacio. Ya veo yo que es usted un bendito de Dios. En este mundo no se necesita mas que descaro para hallar remedio á todo. Supongamos que, escribiendo la vida de un personaje, hace su agosto algun historiador..... Pues bien, coge usted la misma historia, le altera algunas espresiones, y la da como de propia cosecha, sin andarse con repulgos de empanada.

Dómine Lucas. Pues dígole á usted que por mucho que eso se disfrace, no es mas que un solemne robo: pero tambien para hacerlo se necesita cacumen, que no es tan fácil como á primera vista parece eso de añadir, quitar y variar frases ajenas, porque al cabo los remiendos de un mal sastre, en una pieza bien acabada, siempre saltan á la vista. Y ya ve usted que cuando uno escribe mal, se le vapulea de lo lindo, y una crítica justa y severa le deja sin resuello al mas pintado.

Cartapacio. Ya se ve, cuando el mas pintado tiene vergüenza; pero sino la tiene contesta en malos rasguños aquello ya tan manoseado como la saya de Inés.

Dómine Lucas. ¿Y qué contestacion es esa?

Cartapacio. Que el crítico es un necio, un envidioso, un Zoilo..... Que nosotros somos la luna y él un perro que la ladra, y que sé yo cuantas sandeces mas, concluyendo con una coplita de Moratin, que es el paño de lágrimas de los tontos que carecen de ingenio hasta para hacer cuatro versos ramplones. Digo á todo el que me censure:

«Tu critica majadera
de los versos que escribí,
Pedancio, poco me altera,
mas pesadumbre tuviera
si te gustaran á ti.»

Con esto queda aplastado el criticon, por mas razon que tenga, y nosotros los bolos seguimos en zancos, escribiendo impertérritos como este aficionado.



Dómine Lucas. Tontas ilusiones, amigo mio: el público está bastante ilustrado para conocer el mérito de las obras, y es difícil que se suscriba á las que le apesten.

Cartapacio. No es tanta la ilustracion del público, que no se hallen aun medios para embaucarle, y uno de los que surten mejor efecto es el de las rifas. Así pues, por mala que sea una obra, cómpranse unos cuantos billetes de la lotería moderna, que al cabo cuestan una bicoca, y se rifan entre los suscritores. Ya sé yo que raya casi en lo imposible ganar algun premio por medio tan difícil, porque no solo se necesita primero adquirir la propiedad del billete por sorteo, sino que luego es preciso que aquel billete salga premiado, y eso de obtener dichas á pares es

gracia exclusiva de los maridos zanguangos, como el que ven ustedes tan grave y serio, machacando ajos, á continuacion.



Dómine Lucas. Horripilado estoy de oírle hablar á usted en esos términos, CARTAPACIO mio. ¿No considera usted que no solo es un desdoro para las bellas letras publicar una obra cualquiera acompañada de una rifa, sino que hasta es un insulto á la ilustracion del pueblo?

Cartapacio. ¿Un insulto?

Dómine Lucas. Un insulto, si señor, pues se supone que no le mueve á suscribirse el anhelo de instruccion, sino el aliciente de un premio pecuniario, en cuya realidad solo puede creer un alma cándida é inocente. Además, querido mio, es fácil que aun esta vea á lo mejor burladas sus esperanzas, porque yo no sé como el gobierno tolera semejante abuso, cuando para toda clase de sorteos se necesita su permiso; y el dia en que el señor Director general de loterias despierte de su letargo, todos los bobos que esperan su fortuna de ciertas suscripciones, vñse á quedar á la luna de Valencia.

Cartapacio. ¿Qué me dice V, DÓMINE del alma mia?

Dómine Lucas. Lo que usted oye; pero no es esto lo peor, sino que la imprenta, esa institucion hermosa, barómetro infalible de la civilizacion de los pueblos, se envilece y degrada, con la introduccion de semejantes abusos. Mañana ó el otro se publicarán las obras de Lope de Vega ó Jovellanos hermanadas con la rifa de un carnero ó de algun cerdo, y los estrangeros que acechan todas las ocasiones de ponernos en ridículo, esclamarán en tono de triunfo: «¡Lope de Vega con un carnero! ¡Jovellanos con un cerdo! Dics los cria y ellos se juntan.» Yo soy muy español, amigo CARTAPACIO, y me conduelo de que se llamen españoles los que así envilecen las letras de su pais.

Y declaro á todo vicho
que así degrade la imprenta,
guerra atroz, guerra sangrienta,
guerra sin piedad. He dicho.

Hemos visto los dos números del *Tocador*. *Gaceta del bello sexo*, periódico semanal de educacion, literatura, anuncios, teatros, y modas dedicado á las damas, que se publica en el establecimiento tipográfico del Señor Manini. El buen desempeño de las materias que abraza esta publicacion, y el lujo y perfeccion que se nota en los figurines y todo lo correspondiente á la parte artística, además del precio tan módico de suscripcion, hacen recomendable este periódico consagrado á la parte mas bella de la sociedad.

Sabemos que el Señor Manini, agradecido á la buena acogida que tan justamente ha merecido este *Semanario* y para complacer á la mayor parte de señoras suscriptoras que lo han solicitado, va á disminuir la parte del testo, aumentando en su lugar, dos figurines mas cada mes sin alterar los precios de suscripcion, apesar de esta notable mejora.

— En Lorca se publican dos periódicos, el *Marañon* y el *Guadalquivir*, que recomendamos á nuestros lectores.

— En Vinaroz, villa que se ha distinguido siempre por su ilustra-

cion, acaba de establecerse un gabinete de lectura, donde se reúne la juventud. Los aficionados dan funciones en aquel hermoso teatro.

TEATROS.



ESDE últimos del próximo pasado mes en que se representó la comedia *Periquito entre ellos*, del acreditado poeta Don Miguel Agustín Príncipe, yacen los teatros principales en mortal parasismo. Solo el teatro del Circo da señales de animacion, de vida. La empresa se desvela por complacer al público, y el público premia con su concurrencia y sus aplausos los desvelos de la empresa. El magnífico y suntuoso baile de la *Linda Beatriz*, ha sorprendido por todos conceptos. La Stephan, siempre aerea, siempre divina, siempre complaciente y amable con el público, ha sido aplaudida con furor, no solo en la graciosa *Polka*, sino en todo el baile, habiéndose esmerado todos sus compañeros en contribuir al éxito brillante de tan grandioso espectáculo. El Sr. Valero se esmera igualmente por presentar novedades. El público recompensa con inequívocas muestras de aprecio los afanes de este laborioso y entendido actor. Al entrar este número en prensa, hay anunciadas varias comedias originales. Entre otras *Dios nos libre de una vieja*, en tres actos y en verso de nuestro colaborador el Sr. Ayguals de Izco, y *Cuidado con las amigas* del Sr. Breton de los Herreros. Daremos cuenta de estas y demas novedades en nuestro próximo número.

UN CONSEJO SALUDABLE.



Niñas de mi corazon,
sed amables, complacientes,
y no perdais ocasion;
que el bello sexo sin dientes
está tocando el violon.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EPIGRAMAS.

Tuerto á Blas han pintado, calvo y chato,
y le han hecho favor en el retrato.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

Juana me hizo la merced
de decirme, y no es embuste:
«venga usted cuando usted guste
porque esta casa es de usted.»
Como yo estaba de trueno
y vale un millon quizá,
dige: «Señora, ojalá,
que usted me lo hiciera bueno.»

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

Dióle á un mendigo Bartolo
un pantalon destrozado,
diciendo: no lo he llevado
sino dos veces tan solo.

¿Dos veces? dijo el pobrete;
y exclamó el otro: ¡si á fé!
pero una vez lo llevé
seis años, y la otra.... siete.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

De la cortesana Luisa
diez hombres iban en pos,
y ella dijo con sonrisa:
«no tengan ustedes prisa,
que para todos da Dios.»

GERÓNIMO MORAN.

Madrid.—Sociedad Literaria.—1844.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco, calle de S. Roque, n. 4.